

HOMILÍA

**Domingo IV de Pascua – Ciclo A**

**1 Pe 2, 20b-25**

**a. Contexto**

Este domingo seguiremos rezando y meditando con la primera carta de Pedro. Se trata de un escrito que puede ir dirigido a todas las comunidades cristianas del mundo, de cualquier época.

Conserva, desde luego, las características de estilo epistolar del tiempo (finales del s.I d.J.C.) en cuanto a la forma (cf.1 Pe 1, 1s.), aunque su contenido no sigue ningún esquema prefijado.

Una experiencia profundamente religiosa del autor sella (y vertebr) toda la carta: la apertura a Cristo sufriente dice el autor que es *la verdadera gracia de Dios* (cf.1 Pe 5, 12b).

No se refiere al Bautismo al hablar de ‘gracia’, sino a la fuerza que lleva el cristiano a vivir y manifestar su fe en las difíciles circunstancias de la vida, sobre todo, en momentos de persecución.

Dentro de este contexto, amigo, amiga seguidor de Cristo en el siglo XXI, la carta es testigo de que los creyentes no se avergüenzan ni se escandalizan de su fe y su esperanza en el Resucitado (cf.1 Pe 1, 3-12).

Parte el autor de que la vida cristiana, de hecho, está sometida a muchas dificultades, que han de ser superadas desde la fe (cf.1 Pe 2, 18ss.). Aquí radica la originalidad de este escrito neotestamentario.

En el esquema que vimos el otro día, la perícopa de hoy, hermanos, cae dentro del segundo apartado de la carta: *Regenerados por la Resurrección de Jesucristo* (cf.1 Pe 1, 13-4, 11).

Más concretamente, en el apartado sobre la disponibilidad de vida como conducta cristiana (cf.1Pe 2, 11-3, 7). Hay casos en que esa disponibilidad le apremia al creyente. Es lo que sucede con la vida política, o con los problemas de los esclavos, o el asunto de los matrimonios mixtos, en el siglo primero de nuestra era (cf.1 Pe 3, 1-6).

Esas cuestiones importan a los destinatarios de la carta en primer lugar: comunidades diversas que reciben una ‘circular’, más allá de un grupo concreto, aunque inicialmente este sea el destinatario de la misiva.

De modo que la esperanza, más allá de los sufrimientos de la vida, da vigor para experimentar el poder de *Dios de toda gracia*, que ayuda a superar los problemas antes de llegar a la *gloria eterna* (cf.1 Pe 5, 10).

**b. Texto**

Esa es la temática. La sección de la perícopa de hoy encierra tres asuntos que se distinguen por los verbos: *obedecer* (vs.13.18, etc.); *hacer el bien* (vs.14.15.20); *sufrir* (cf.1 Pe 2, 19.20-23s.: éste interesa hoy).

Aquí es donde se lee el tema de la Pasión de Cristo, que a su vez configura un desarrollo doctrinal extraordinario, alrededor del valor del sufrimiento y de la esperanza que nace de Cristo, ahora Resucitado.

Ese sufrimiento de Cristo no es sólo su muerte gloriosa, sino todos los padecimientos anteriores, hasta llegar a ella, en línea paulina (cf., p.ej., 1 Cor 15, 3, o Rom 5, 8).

Como esquema, valga el siguiente, para entender mejor el mensaje desde una perspectiva pastoral:

- Cristo sufrió (v.21).
- Sin haber hecho mal alguno (v.22).
- Sin devolver mal por mal (v.23).
- Nos traslada a nosotros, hombres y mujeres malos, desde el mal al bien (v.24).
- Todo esto muestra que Cristo es el *Buen Pastor* (v.25).

Así, la pasión de Cristo es del todo especial, es expresión de la fuerza de la gracia de Dios, una fuerza extraordinaria (vs.21b-24), y a la vez se constituye en modelo de sufrimiento ejemplar para nosotros (vs.21-23).

El argumento nuclear, hermanos en la fe, que puede ser éste: Cristo supera con el poder de Dios la manera de ser del hombre, es decir, sufre el inevitable mal derivado de la injusticia, poniendo amor donde hay odio.

De aquí que su dolor tenga fuerza de salvación, y sea testimonio y ejemplo para nosotros: por eso el dolor tiene sentido, no porque lo encierre en sí; por eso el dolor es redentor en el ámbito de Cristo (cf.1 Pe 2, 25).

El cristiano vive el sufrimiento no resignadamente, no con criterios negativos, ni siquiera como fuente de 'mérito'. Lo vive al estilo de Cristo, con su gracia, que de hecho se da en la vida; y devuelve bien por mal.

La conducta orientada hacia el bien de los demás, hasta de los que nos hacen el mal es signo vivo de la forma de ser, sentir y actuar al estilo de Cristo, superando lo negativo de la historia: así de sencillo.

Y así de hondo: sin pasar facturas afectivas, sin dárseles de víctima, sin... ¡qué sé yo, amigo, amiga!: sin cobrar nuestros esfuerzos, sin pregonar nuestras penas, sin apuntar las buenas obras: no.

En 'gracia', como Él, liberalmente (v.25). Esto encierra una llamada a ser personas disponibles con los demás, como el Señor, en todas las circunstancias de la vida. Y eso, bien se sea esposo, o esposa, o amo, o esclavo (en el momento de la carta...), o bien en el dolor especialmente (cf.1 Pe 2, 20.21.23). O sea, que la condición del cristiano es la esperanza mantenida en el sufrimiento.

Así es de hecho, no porque el dolor sea buscado en sí. Por eso es motivo de 'gracia', dice el autor (cf.1 Pe 2, 25). La gracia es, así, es una forma de existir lograda desde la fe y la esperanza, como un regalo de Dios.

Estamos de nuevo, compañeros de camino con Jesús, en el terreno de lo gratuito de Dios, en el campo del regalo, de la 'Gracia'.

### c. Para la vida

¿Te has fijado, creyente de hoy día, en lo poco que nos gusta este lenguaje? ¿No parece sino que alguien está estropeando nuestro 'proyecto', que nos echan por tierra aquello de la 'autorrealización personal'?

¡De verdad que tenemos buen olfato para ver lo que conviene decir y lo que no!... ¡Si sabremos nosotros lo que es políticamente correcto escribir y lo que no!

¿A estas alturas nos van a venir con músicas celestiales, ingenuas...?... Yo me pregunto, entonces, hermano en la fe: ¿hay otra 'autorrealización' en cristiano?

¿Se da otra que no sea la que parte de la llamada de Cristo, de la iniciativa de Dios a que vivamos la vida, la única vida al estilo de Cristo, aunque 'racionalmente'?

Es que el dolor, lo 'feo' de la vida es trascendido sólo desde la gracia de Dios, como forma de ser, de pensar, de actuar, de hablar, de optar en la vida, de hacer todo eso para la 'gloria de Dios', más allá de la estrechez.

El sentido no reside, amiga, amigo, en cada sufrimiento como tal: eso sería de alguna forma masoquismo (cf. 1 Pe 2, 20); sino en seguir las huellas de Cristo (v.21).

Así, renunciar a la venganza, o sea, a meterse en la espiral del dolor injusto, es una forma de actuar con 'paciencia'. O sea, se trata de actuar con esperanza cristiana, activa, dinámica, en modo alguno resignada.

De aquí brota la ética cristiana, ¿no crees?, y el sentido de liberación del mal, del pecado. es una auténtica experiencia de libertad. ¿Vas a seguir meditando, rezando, hermano? Yo lo voy a hacer, ¿sabes...?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

[antonio.rodriiguezderojas@salesianos.edu](mailto:antonio.rodriiguezderojas@salesianos.edu)